

Pensar es obrar

Ciertos alumnos de Arquitectura, al cabo de dos años de estudio en la Pontificia Universidad Católica de Santiago, a cargo del maestro Alberto Cruz Covarrubias y sus ayudantes arquitectos Miguel Eyquem, José Vial, Arturo Baeza y Fabio Cruz, estimaron que esta cátedra rendía pleitesía al *Beaux-Arts* de París y era afín a una forma retrógrada y comparsa con el mercadeo artístico de la época, sin observar y realizar en esos estudios atención o amor al acontecer arquitectónico de la vida ciudadana. Y con el sentimiento de que la arquitectura antes de todo formalismo es vida, abandonaron esos estudios fastidiosos comparables a un kindergarten académico. En aquel año, Alberto Cruz y sus pares arquitectos fueron llamados por la Rectoría Jesuita de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso para incorporarse a su cátedra de estudios arquitectónicos, fundando el Instituto de Arquitectura y Urbanismo, dando paso a una nueva concepción en las obras de los arquitectos.

Tales alumnos fueron: Elías Gidi, Eduardo Mena, Jaime Márquez, Ricardo Dorado. Más tarde se unieron Germán Bannen, Juan Purcell, Jorge Sánchez y Jorge Gómez. Aquellos estudiantes tuvieron que enfrentar que el cimiento que sostiene la «piedra angular» de la arquitectura es la «real observación».

Tras muchos naufragios, cayeron en la cuenta de que en dicha observación de la vida de la ciudad, los maestros no proponían, sino encarnaban en cada uno la singular propiedad de habitar los anhelos íntimos de la gente, las «carencias» con que ellas tenían que lidiar día a día, y a su vez el modo cómo la realidad urbana respondía ante dicho requerimiento. El problema de «encarnar» algo en uno requiere de un esfuerzo. Por ello, para apuntalar este «encarnar» la vida de la ciudad en la vida de un alumno, fue preciso exigir que toda

observación se dibujara en pequeños croquis, para después reflexionar y apreciar lo que decían, asombrándonos con sus propias líneas, potencias y advertencias, «orígenes» y «destinos»; vale decir, instancias útiles para realizar proyectos arquitectónicos de estudiantes.

Pasaron años desde aquel tiempo. Leí a los primeros pensadores griegos, a Dante Alighieri, a los humanistas italianos, a los poetas ingleses y franceses. Estudié a Kierkegaard, a Nietzsche, a Heidegger, a Beaufret, a Fédier. Referente a Martin Heidegger, siempre me pregunté por qué la pintura de Vincent van Gogh —esa de los zapatos de labriego— lo motivaban tanto. Entonces me incliné a presumir que invisible en cada objeto que nos rodea el ser está latente. Esto era filosofía, es decir: «Pensar es obrar».

En 1955, mi amigo Eduardo Mena reflexionaba sobre la obra arquitectónica. Un día entró a mi habitación del pensionado jesuita donde vivíamos. Yo estaba pintando colores y figuras sobre una tela. Me dijo: «Hoy descubrí lo que es el ser, tú lo estás realizando». Yo solo intuí que era algo muy importante para él y para nosotros. Era una observación profunda. ¿Estaría preguntándose por el «prodigio» de ser?

Hoy pienso que el «mundo» humano es mundo porque en él reside y «obra» el ser. En términos corrientes, habitamos rodeados por el ser. La «obra» es «ser» y «obramos», y en consecuencia ese «obrar» asiste nuestra vida.

Ricardo Dorado Rainerie